

hoy, pero descubre también a los curiosos aventureros, eruditos y profesionales que desde hace casi medio milenio persiguieron esas huellas arcaicas y abrieron el camino cuya cartografía las generaciones siguientes han trazado y vuelto a imaginar y a medir.

---

Ximena Chávez Balderas, *Sacrificio humano y tratamientos postsacrificiales en el Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017.

por Eduardo Matos Moctezuma

El Templo Mayor de Tenochtitlan fue escenario de numerosas acciones rituales. Este espacio sagrado demandó la realización de ofrendas, sacrificios, funerales y otras actividades que, a lo largo del tiempo, se tradujeron en la conformación de un vasto acervo de evidencia material que permite comprender diversos aspectos de la dinámica social mexicana. Uno de los componentes más importantes de los depósitos rituales fueron los restos óseos humanos, los cuales no conforman un *corpus* homogéneo, pues fueron inhumados en distintas ocasiones y con diferentes fines, como detallaremos a lo largo de esta investigación (Chávez, 2017: 13).

Con estas palabras Ximena Chávez nos introduce en un tema fascinante que viene a ampliar el conocimiento acerca de las prácticas sacrificiales y el tratamiento que se hacía de los cadáveres. En este libro podemos adentrarnos en los pormenores de dichas prácticas a través de cuatro capítulos: el primero se refiere al sacrificio humano; el siguiente, a la evidencia ósea y la violencia *perimortem* en el Templo Mayor de Tenochtitlan; los dos últimos, a la decapitación ritual en general y a la realización de esa práctica en el Templo Mayor. Tras estos capítulos se presentan anexos que incluyen el inventario osteológico estudiado, los gráficos y, finalmente, el catálogo de la colección analizada.

Si repasamos brevemente el contenido del libro y los capítulos mencionados nos daremos cuenta, por un lado, de la seriedad del estudio empen-

dido por Ximena Chávez y lo contundente de sus afirmaciones acerca del tema tratado, siempre basadas en datos que confirman la evidencia presentada. Veamos cada uno de ellos.

Cuando se refiere al sacrificio humano, la autora aborda diversos aspectos de esta práctica, como su antigüedad, su origen y su función. Entre los tipos de inmolación, la autora, siguiendo la propuesta de Martha Ilia Nájera, presenta la “oblación”, una práctica con la cual se propiciaba la buena marcha del universo; la “expiación”, con la que se trataba de establecer vínculos con la deidad; el “sacrificio de la divinidad creadora”, por medio del cual se reactualizaba un mito; la “construcción”, asociada a un espacio que se sacraliza y obtiene poder; y las “exequias”, que consisten en acompañar a un alto dignatario en el más allá.

Un aspecto importante que trata la autora es la relación entre cuerpo humano y sacrificio. Para ello acude a los planteamientos que hace Alfredo López Austin en su libro *Cuerpo humano e ideología* sobre las entidades anímicas como el *tonalli*, alojado en la cabeza, el *teyolia*, ubicado en el corazón, y el *ihiyotl*, que se albergaba en el hígado. Cada uno de ellos poseía sus propias características y atendía funciones bien definidas. Más adelante, Ximena atiende lo relativo a los actores: el sacrificante, el sacrificador y la víctima. Después, describe los lugares de inmolación y los instrumentos utilizados. Estos últimos son divididos según su aplicación en el acto sacrificial: aquellos que servían directamente para privar de la vida y los que jugaban otro papel en el ritual.

La autora también analiza los antecedentes del sacrificio y las mortificaciones previas al mismo. Sobre esto, explica, por ejemplo, el “asamiento”, la práctica de quemar a las víctimas y, aún vivas, extraerles el corazón. Otra práctica analizada es la de la lapidación, aunque la autora considera que ésta puede ser vista, dependiendo del contexto en que se dé, como una forma de suplicio o como una manera de matar, aunque sabemos que la mayor de las veces obedecía a un castigo por adulterio. En el área maya, según los datos que proporciona Nájera, llegó a ocurrir que la persona apedreada era una anciana, pues en ella recaían las culpas del pueblo que quedaban sepultadas bajo las piedras. El despeñamiento también se realizaba como sacrificio. Esta práctica la vemos presente en la fiesta de Ochpaniztli entre los mexicas y Nájera la reporta para los mayas, aunque hay que aclarar que, según las

circunstancias en que se aplicaba, podía ser una tortura presacrificial o un tratamiento póstumo. En el caso del Templo Mayor, el hecho de arrojar desde lo alto el cadáver del individuo una vez sacrificado era parte del ritual que siempre he considerado relacionada con lo que hace Huitzilopochtli con su hermana, a quien arroja, una vez muerta, desde lo alto del Coatépéc. La inanición, el degüello, el ahogamiento, el flechamiento, la extracción de entrañas y la extracción del corazón eran aplicados en diversas ceremonias tanto entre los mexicas como en otros pueblos mesoamericanos (Matos, 2010). Considero que la extracción del corazón era, junto con la decapitación, una de las prácticas más comunes, aunque esta última, conforme al estudio de Ximena, más bien corresponde a una acción póstuma.

Todo lo anterior nos lleva al segundo tema a tratar en el capítulo “Violencia *perimortem* y sacrificio en el Templo Mayor de Tenochtitlan: la evidencia ósea”. Aquí, la autora se concentra en los datos que proporcionan las excavaciones en el principal edificio mexica y comenta cómo solamente siete casos procedentes de ofrendas nos brindan evidencias de la violencia que antecedió a la muerte. Resulta interesante ver que tres de estos individuos sufrieron fracturas craneales y que dos de ellos eran felinos. Después de analizar detenidamente las fracturas, la autora pasa al estudio de la extracción del corazón, donde advierte que, aunque dicha práctica es mencionada abundantemente en las fuentes históricas, los restos óseos con marcas que indiquen este tipo de sacrificio son escasos.

Un tema importante es el de la manera en que se sacaban las vísceras. Sobre esto, Chávez plantea, basándose en estudios de diversos investigadores, que existían varios métodos como el corte longitudinal del esternón o la intercostal lateral. Otra vía era el corte de la musculatura intercostal y del esternón, como lo muestran los restos hallados en Tlatelolco, o el corte longitudinal desde el apéndice xifoides bajando hacia el vientre. La autora reporta, además, otras dos prácticas más que son variaciones de las anteriores. En el contexto del Templo Mayor existen evidencias de extracción de corazón en el entierro 111. Consiste dicho entierro en un infante de aproximadamente cinco años sacrificado en honor a Huitzilopochtli y ataviado para tal fin. En este caso, la extracción pudo haber sido realizada accediendo al tórax por la cavidad abdominal. Como se mencionó con anterioridad, este tipo de extracción se encontró en animales como el felino de la ofrenda 9 del Templo Mayor.

El tercer capítulo está dedicado a la decapitación ritual. Aunque las causas que llevaban a esta práctica eran diversas, la más común era la identificación del sacrificado con una deidad o la supremacía en la guerra (Dehouve). Para Graulich y Baquedano este sacrificio se asociaba a la fertilidad, al juego de pelota y al murciélago. De igual manera se relaciona con la consagración de edificios (Moser). La decapitación se relaciona con diferentes deidades y se realizaba en rituales diversos que podían extenderse a animales. No faltan autores que relacionan esta forma de sacrificio con la castración especialmente entre los mexicas (Jaime Echeverría y Miriam López Hernández, 2010). Tras esta información, Chávez muestra un detallado estudio de las técnicas empleadas en el Templo Mayor de Tenochtitlan. Los cráneos que iban a parar al *tzompantli*, así como las denominadas “máscaras-cráneo”, halladas en varias ofrendas del principal edificio mexica, son motivo de especial atención.

En el capítulo 4 Chávez Balderas analiza con mayor detalle la evidencia ósea encontrada en el Templo Mayor. En esta parte, la autora nos hace saber que, en conjunto, el Proyecto Templo Mayor y el Programa de Arqueología Urbana (PAU) han localizado 99 individuos decapitados. Sobre la metodología empleada, la autora menciona la osteoarqueología de campo, el perfil biológico, los procesos tafonómicos culturales y la diagénesis, además de los procesos bioestratinómicos culturales. Cada uno de estos apartados es analizado con gran minuciosidad por nuestra autora.

En las conclusiones, que dan un buen resumen del estudio efectuado, Ximena dice:

Sin lugar a dudas, la presencia de aproximadamente un centenar de individuos en la plataforma del edificio y en la plaza principal al pie de la pirámide confirma la existencia del sacrificio, a la vez que cuestiona las cifras reportadas por la mayoría de los frailes y conquistadores relativas al número de víctimas inmoladas. Las alteraciones óseas correspondientes al intervalo *perimortem*, los patrones de colocación de los cráneos, la simultaneidad con la que fueron enterradas algunas ofrendas y el contexto en que se inhumaron los individuos son indicadores de la existencia de esta práctica y permiten conocer la diversidad de tratamientos póstumos que recibían los personajes destinados a la muerte ritual. De

igual forma, la diversidad biológica encontrada en la muestra, La coexistencia de distintos tratamientos postsacrificiales y las diferencias entre los depósitos rituales, apoyarían la interpretación del sacrificio como un fenómeno polisémico donde se entrega una fuerza vital al cosmos, se consagra un espacio o se representa a una deidad, a la vez que cumple con la función de exhibir el poder de un Estado en expansión (Chávez, 2017: 361).

Ante estas aseveraciones poco hay que añadir. A las conclusiones le siguen los anexos que complementan la obra y que están integrados por los varios inventarios que el lector puede consultar referidos a las colecciones así como los gráficos con los porcentajes correspondientes. Se incluye asimismo el catálogo de la colección analizada.

Para terminar, sólo queda comentar que la calidad del estudio, la precisión de los datos, la entrega que denota cada uno de los diversos apartados, el manejo de las fuentes históricas y una bibliografía amplia sobre el tema hacen de esta investigación uno de los aportes fundamentales al estudio del sacrificio humano, en general, y sobre la muerte en la sociedad mexicana, en particular.